



## Sabiduría para el camino sinodal

*Dra. Jessie Rogers*

*La Dra. Jessie Rogers ha hecho historia recientemente, al convertirse en la primera persona laica y la primera mujer en ser nombrada decana del St Patrick's College, Maynooth. La Dra. Rogers, originaria de Sudáfrica, realizó sus estudios de postgrado en la Universidad de Stellenbosch y se trasladó a Irlanda en 2007 para enseñar en el Mary Immaculate College antes de unirse a la Facultad de Teología de Saint Patrick's College en 2014. Como estudiosa de las Escrituras y especializada en Antiguo Testamento, su trabajo académico se centra en la literatura sobre la sabiduría bíblica. En los últimos años, ha ampliado el tema para incluir la espiritualidad y el enfoque en la teología de la infancia. La Dra. Rogers es miembro de la Asociación Bíblica de Irlanda, la Sociedad Sudafricana de Estudios del Próximo Oriente, la Sociedad Europea de Teología Católica y el Centro Internacional de formadores de Godly Play.*

### 1.

La sabiduría es un concepto rico. Es mucho más que un conjunto de conocimientos; se refiere a la forma de ser y actuar en el mundo. La sabiduría es una aptitud y una disposición. La persona sabia sabe cuál es la acción correcta y desea realizarla. La sabiduría es la capacidad de elegir las mejores metas y discernir el mejor camino para llegar a ellas. La sabiduría implica vivir nuestra vida en consonancia con lo real para que podamos alcanzar el bien supremo. La sabiduría tiene en cuenta la estructura profunda de la realidad y elige objetivos y métodos en armonía con ella.

Por eso me gustaría comenzar con lo que creemos sobre Dios, el mundo y nuestra misión en el mundo. Esa realidad proporciona los entornos fundamentales para la verdadera sabiduría. Los sabios de Israel enseñaron que “*El temor del Señor es el comienzo de la sabiduría*” (Salmo 111,10; Proverbios 1,7; 9,10; Sirácida 1,14). El temor o miedo aquí significa reverencia; significa tomar a Dios en serio para que nuestra vida y nuestros compromisos estén conscientemente moldeados según lo que sabemos de la voluntad y la llamada de Dios, para nosotros y para el mundo.

Los avances en el conocimiento humano nos invitan a ver el cosmos como una red interconectada que se encuentra en un camino de transformación. Nuestra fe nos asegura que este es el mundo de Dios y que Dios está obrando para reconciliar y

restaurar todas las cosas en Cristo (cf. Col 1,15-20). Confesamos que el destino final es el *shalom* universal: paz, plenitud y bienaventuranza. Sabiendo esto, podemos discernir el Espíritu de Dios obrando en cada uno de los impulsos hacia la vida y el amor, incluso en medio de la ruptura. También sabemos que nuestra misión es edificar el cuerpo de Cristo, entendido en el sentido más amplio, y ser un canal de bendición de Dios para el mundo.

Pero hay muchas formas diferentes de hacerlo. El Espíritu Santo concede diversos dones y existen muchas posibilidades para vivir fieles a nuestra vocación. Además, estamos caminando con el Dios de las sorpresas que viene a nuestro encuentro desde un futuro desconocido. No podemos predecir de antemano adónde nos llevará el camino. Dios es tanto fiel como creativo, siempre fiel a sí mismo y guardián de las promesas, y siempre más grande que cualquier caja que podamos hacer para Dios. ¿Cómo caminamos en un cosmos emergente con un Dios digno de confianza pero radicalmente libre que ha escogido implicar a sus criaturas en el proceso creativo y que nos ha dado la libertad para que podamos elegir tanto en contra como a favor de la vida y la plenitud? Ese es uno de los desafíos de la sinodalidad, de caminar juntos.

## 2.

La única forma de proceder con sabiduría es mantenerse cerca de Dios y de lo que Dios está haciendo. Eso requiere arraigo y apertura. Escucha las palabras dirigidas al Pueblo de Dios en el exilio que subrayan esta danza de discernimiento:

*Así habla el SEÑOR,  
el que abrió un camino a través del mar  
y un sendero entre las aguas impetuosas;  
el que hizo salir carros de guerra y caballos,  
todo un ejército de hombres aguerridos;  
ellos quedaron tendidos,  
no se levantarán, se extinguieron,  
se consumieron como una mecha.  
No se acuerden de las cosas pasadas,  
no piensen en las cosas antiguas;  
yo estoy por hacer algo nuevo:  
ya está germinando, ¿no se dan cuenta?  
Sí, pondré un camino en el desierto  
y ríos en la estepa. (Isaías 43,16-19)*

El Pueblo de Dios está llamado a recordar como, –con unas frases sugerentes que evocan el paso del mar y el ahogamiento del ejército del faraón–, el poeta recuerda que el Dios que se dirige a ellos es el Dios del Éxodo, el Dios de sus antepasados y el Dios de la Tradición. Este es el Dios de la fidelidad en tiempos pasados. Pero después de recordárselo explícitamente, el poeta les dice: *‘No se acuerden de las cosas pasadas, no piensen en las cosas antiguas.’* Deben olvidar lo suficiente para poder crear un espacio para la novedad de Dios. Si, en su imaginación, se aferran demasiado fuerte al modo de actuar de Dios en el pasado, podrían no darse cuenta de las cosas nuevas que Dios está haciendo en el presente. Por tanto, necesitan recordar para poder reconocer las huellas de Dios, pero, así mismo, no recordar para que las expectativas basadas en el pasado no les dejen ver lo que Dios está haciendo

ahora. Es el mismo Dios y la misma historia, pero en clave diferente. Si bien el camino del Éxodo los conducirá a través del agua hacia la libertad, este mismo camino los sacará del exilio, a través del desierto y vuelta a casa.

¿Pueden oír la sabiduría, aquí, para su propio camino sinodal? Se han nutrido de las tradiciones que las han formado, de sus carismas fundacionales y de sus propias historias personales a través de las cuales han ido conociendo a Dios. Esa historia les da a ustedes un lugar firme en el que permanecer; este ha formado su comprensión de Dios y cómo Dios va obrando. Este tipo de conocimiento es clave para ser capaz de reconocer las huellas de Dios. Pero como un árbol al que brotan ramas nuevas, deben abrirse al futuro, un futuro que no pueden predecir por adelantado, pero uno de cuyos nuevos brotes pueden conocer en el presente si prestan atención. El Dios que han conocido es el Dios que llevará la historia hacia adelante; pero este Dios no puede limitarse a lo que ya conocen.

El texto bíblico nos invita a crear un espacio en nuestro recuerdo para evitar que intentemos atrapar el futuro en la jaula del pasado. Estamos llamadas a permanecer abiertas y receptivas a las cosas nuevas que Dios está haciendo. En el momento actual, que cuelga en el hueco entre el pasado que creemos que conocemos y el futuro que todavía no ha empezado, podemos abrazar la incertidumbre con curiosidad. Se nos pide prestar atención porque lo que Dios está haciendo no puede ser nombrado de antemano, pero puede percibirse si estamos alertas y atentos. Existe una continuidad en la obra de Dios que, aunque escape a la predicción, puede intuirse en el presente y confirmarse a posteriori.

¿Qué disposiciones y actitudes del corazón pueden ayudarnos en esta danza de discernimiento, este recuerdo, olvido y señal? Me acuerdo de las palabras de Jesús a sus discípulos después de haberlos invitado a discernir el Reino de Dios a través de la lente de las parábolas que se extienden, provocan y atraen hacia una nueva forma de experimentar a Dios en el mundo: *“Así, todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo.”* (Mateo 13,52). Cuando somos sabias, no somos ni rígidas ni permanecemos atrapadas en el pasado, ni tampoco nos dejamos llevar por todas las nuevas modas. Somos al mismo tiempo personas arraigadas y responsables. Somos capaces de discernir qué apreciar de lo viejo y qué abrazar de lo nuevo. Conocemos nuestras historias y nuestra historia. Pero también hemos captado una rápida mirada al glorioso futuro al que Dios nos llama. Suspendidas entre el pasado y el futuro, estamos atentas a los signos de Dios que obran en el presente.

No todas las cosas del pasado pueden mostrarse como un tesoro. La libertad exige la valentía para hacer frente a la oscuridad de nuestro pasado, individualmente y colectivamente. ¿Para que necesitamos dar y recibir perdón? ¿A qué debemos renunciar? Debemos permanecer enraizadas en las dimensiones dadoras de vida del pasado sin intentar justificar esas partes rotas o dañinas, o que a nosotras ya no nos sirven. Pero vamos a celebrar esos elementos que continúan dando vida. Las mujeres sabias cantan y danzan sus historias de liberación, como Miriam al otro lado del Mar Rojo que tomando su pandereta guiaba a las mujeres en la danza: *“Cantad a Yahveh pues se cubrió de gloria. arrojando en el mar caballo y carro.”* (Éxodo 15,21).

¿Qué puede ayudarnos a ver las cosas nuevas que Dios está haciendo entre nosotras y en el mundo? Una actitud de asombro contemplativo, atención compasiva y esperanza. En la encíclica *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco nos exhorta:

*“Creámosle al Evangelio que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo, y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras: como la semilla pequeña que puede llegar a convertirse en un gran árbol, como el puñado de levadura, que fermenta una gran masa, y como la buena semilla que crece en medio de la cizaña, y siempre puede sorprendernos gratamente. Ahí está, viene otra vez, lucha por florecer de nuevo. La resurrección de Cristo provoca por todas partes gérmenes de ese mundo nuevo; y aunque se los corte, vuelven a surgir, porque la resurrección del Señor ya ha penetrado la trama oculta de esta historia, porque Jesús no ha resucitado en vano.”*  
(EG n.º 278)

Si creemos esto, si confiamos en que Dios está obrando y anhelamos formar parte de esta marcha de esperanza viva, entonces vislumbraremos las cosas nuevas que Dios está haciendo.

### 3.

El Dios del Éxodo se nos revela como el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo. El misterio pascual es un poderoso recordatorio de que Dios obra de formas sorprendentes. Esto debería permanecer en el centro de nuestra memoria, porque los seguidores de Jesucristo están llamados a abrazar la sabiduría de la vulnerabilidad. San Pablo nos recuerda que la buena noticia que proclamamos es Cristo crucificado. Lo que el mundo llama debilidad, necedad y fracaso es, de hecho, el poder y la sabiduría de Dios en acción. *“Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres”* (1 Corintios 1,25). Ante la cruel oposición, Jesús evitó las reacciones instintivas ante el peligro de la lucha o la huida. Él no buscó vencer la violencia con la fuerza, que es una forma revolucionaria. Ni tampoco escogió el pacifismo escapando o siendo silenciado. Jesús abrazó el tercer camino de la resistencia no-violenta. Él permaneció fiel hasta el final. Al absorber la violencia sin contraatacar o retroceder, sin luchar ni huir, sino perseverando en fiel obediencia al Padre, Jesús desenmascaró las mentiras del poder y sufrió haciéndose solidario con los menos poderosos. Su muerte permitió la posibilidad de la reconciliación y nuevas ocasiones para que tanto los oprimidos como los opresores tuvieran su humanidad restaurada. Ese es el poder transformador de la solidaridad vulnerable a la cual Dios pronuncia un ‘sí’ rotundo en la Resurrección.

¿Cómo podemos abrazar la sabiduría de la vulnerabilidad? Significa sembrar semillas de esperanza cuando estamos llorando, y confiar su crecimiento a Dios (Salmo 126). Significa arriesgarnos a nosotras mismas y nuestro futuro por el bien del mundo y su futuro. Significa aceptar que el cambio no llega a través de la fuerza, sino abrazando al otro, por medio de la reconciliación. Necesitamos empaparnos de la forma contracultural de ser de Jesús en el mundo. La sabiduría convencional puede decirnos que nosotras solo podemos traer cambio desde una posición de poder e influencia, o que necesitamos controlar la narrativa o que el fin justifica los medios. Pero Dios no trae la novedad de esta forma.

Sin embargo, quiero señalar que en el mundo patriarcal, la tentación a la que se enfrentan las mujeres a menudo se invierte. Jesús nos dice que el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida, la salvará (Mateo 16,27). Pero hay diversas motivaciones por las cuales una persona puede perder la vida. Otros querrán quitárnosla pidiendo que nos sacrifiquemos por sus planes o deseos. Negarse a uno mismo para permitir el egoísmo o la destrucción de otros no es vivir desde una vulnerabilidad moldeada por Cristo. Debemos estar convencidas de nuestro inestimable valor a los ojos de Dios para encontrar la libertad interior para darnos a nosotras mismas por amor. Cuando hayamos oído la afirmación del Padre “Tú eres mi querida hija en quien yo me complazco” (cf. Lucas 3,22), tendremos la fuerza para decir ‘no’ a las tentaciones que nos apartarían de la misión, como Jesús hizo en el desierto (Lucas 4,1-12). Algunas veces la tentación es alimentada por el orgullo, pero para las mujeres, concretamente, a menudo las voces a las que se debe resistir vienen de un sentido inadecuado o de una expectativa cultural interiorizada de que nosotras debemos vivir de acuerdo con la voluntad de los otros. Jesús no se dejó pisar, ni tampoco nosotras. La sabiduría nos llama a actuar desde una posición de auténtica libertad. Cuando sabemos que nuestra vida es de Dios y que es preciosa sin medida, la entregaremos por razones adecuadas.

#### 4.

La sabiduría abraza los mejores objetivos y escoge los caminos óptimos para alcanzarlos. ¿Qué acciones y valores se nos piden para vivir sabiamente y caminar sinodalmente en un mundo interconectado, emergente, infundido por Dios, luchador y hermoso?

Si Cristo semejante a Dios está obrando en y a través de las criaturas de Dios y si Dios está reconciliando todas las cosas en Cristo (Colosenses 1,16), entonces la sabiduría no consiste en el poder sobre o de la imposición de verdades abstractas. Más bien, se encuentra en el acompañamiento, en ir juntos al otros. Donde hay brotes verdes luchando hacia la luz, la mujer sabia riega, arranca las malas hierbas y espera con esperanza. Ella mantiene una atención compasiva y responde a las necesidades empoderando y animando. Ella tiene la paciencia y la valentía para soportar las tensiones mientras algo nuevo emerge. Aprovecha la creatividad que Dios le ha dado y atrae la creatividad de otros. Ella no trabaja sola. Profundamente consciente de los vínculos que forman la red de la vida, celebra la vida y el amor que fluye a través de ellos, reparando los vínculos débiles, desbloqueando los destruidos, entristeciéndose por los rotos y forjando los nuevos. Ella construye comunidad, se nutre a sí misma y es apoyada por otros. Ella sigue ampliando el círculo. Esta vida se arraiga y crece en los corazones abiertos, creativos, confiados y dispuestos a aventurarse por otros nuevos caminos.

Existen dos prácticas que son de especial importancia para la sinodalidad: saber cuándo hablar y cuándo permanecer en silencio, y la práctica de la hospitalidad. El orador en el libro del Eclesiastés nos recuerda que *‘todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo’* incluyendo *‘su tiempo el callar, y su tiempo el hablar’* (Eclesiastés 3,1,7b). ¡Qué fácil sería si algunas acciones fueran siempre correctas y otras siempre erróneas. Pero la sabiduría consiste en conocer el tiempo oportuno. El camino sinodal es un proceso de conexión, de escucha y discernimiento, y de hablar de nuestra verdad con valentía. El tiempo para el discurso es el tiempo que sigue a una escucha profunda. Es cuando nos abrimos en verdadera vulnerabilidad al otro.

El discurso honesto es presencia auténtica. También es un tiempo para el discurso cuando nuestra voz puede situar la perspectiva de los excluidos en el centro. Estamos para hablar contra los actos de silenciamiento opresivos o descuidados.

El momento equivocado para hablar es antes de haber escuchado: a Dios, a nosotras mismas y a los demás. El discurso insensato proviene de la irreflexión y suficiencia cuando creemos que lo sabemos todo y no tenemos nada nuevo que aprender. Las palabras pueden ser una forma de asfixiar lo que no queremos oír, porque somos arrogantes o miedosas, o tal vez ambas cosas. *"Manzanas de oro con adornos de plata, es la palabra dicha a tiempo"* (Proverbios 25,11). La palabra adecuada en el tiempo adecuado crea la posibilidad para la conexión.

¿Y el silencio? Guardar silencio cuando deberíamos hablar es rechazar la conexión o privar a otros de nuestra intuición única. Cuando no se escucha una perspectiva sobre un tema complejo, el discernimiento comunitario hacia una solución puede ser desequilibrado e incompleto. Guardar silencio en el momento equivocado puede dar lugar a que florezca el mal y privar a los necesitados de una defensa. El silencio correcto está al servicio de la escucha atenta. Crea un espacio para la comprensión, la conversión y el crecimiento. El silencio atento es un acto de hospitalidad radical.

La hospitalidad es una de los distintivos del Evangelio en acción, concretamente cuando se extiende hacia la persona extranjera (Romanos 12,13; Hebreos 13,2). La práctica de la sinodalidad refleja la propia práctica de Jesús de compañerismo inclusivo en las comidas; hace un espacio en la mesa. La hospitalidad no es solo dar de comer al extranjero, sino hacer que ellos ocupen un espacio en nuestra vida. La hospitalidad debe ser tanto humildemente recibida como ofrecida. La sabiduría de la vulnerabilidad reconoce las formas en que nosotros dependemos de la radical hospitalidad de los otros. Estoy pensando en cómo Jesús envió a los 72, diciéndoles que no llevaran consigo nada para el viaje, e instruyéndoles para permanecer allí donde fueran bien recibidos y que comieran lo que les dieran (Lucas 10). La hospitalidad nos recuerda que nos somos autosuficientes; teje hilos para superar la división y el aislamiento. La hospitalidad es esencial para la sinodalidad porque crea posibilidades para la transformación a través del encuentro.

## 5.

Voy a concluir con una invitación extravagantemente generosa de la carta del apóstol Santiago, un texto sobre la sabiduría en el Nuevo Testamento:

*"Si alguno de vosotros está a falta de sabiduría, que la pida a Dios, que da a todos generosamente y sin echarlo en cara, y se la dará. Pero que la pida con fe, sin vacilar; porque el que vacila es semejante al oleaje del mar, movido por el viento y llevado de una a otra parte."*  
(Santiago 1,5-6).

¿Necesitan sabiduría? Bien, ¡pidanla y la recibirán! Dios anhela que recorramos sabiamente el camino sinodal. A nuestro Dios generoso, le encanta darnos lo que necesitamos a medida que crecemos en una forma sinodal de ser y servir. La invitación no podría ser más clara: ¡Pidan lo que necesiten!



Se nos recuerda que debemos pedir con fe, sin dudar nunca. ¿Cómo podemos hacerlo? Quizás incluso antes de pedir la sabiduría para el camino sinodal, deberíamos pedirle a Dios que nos ayude a confiar, a confiar en que Dios está obrando, a confiar en que el Reino de Dios se está arraigando y creciendo incluso en los lugares más insospechados, y confiar en que podemos oír la invitación del Espíritu en las experiencias de los demás, especialmente en las periferias.

El apóstol Santiago acentúa que la fe no es lo que *decimos* que creemos, sino lo que *hacemos*. La fe se ve en la acción (Santiago 2,17.26). Por tanto, dudar es rechazar la acción que la fe nos exige. Si pedimos la sabiduría, pero nosotras no damos el primer paso, por más inseguro que se sienta, entonces estaremos pidiendo sin fe y nunca descubriremos la sabiduría que Dios nos ofrece. No caigan en la tentación de pensar que hablar sobre sinodalidad es lo mismo que practicarla. No estudien la sinodalidad sin experimentarla.

Convertirse en una Iglesia sinodal significa caminar juntos. Significa abrirnos a los otros escuchar y hablar, reflexionar y discernir y dar el siguiente paso juntos. El camino se traza al caminar. La sabiduría se encuentra respondiendo a la invitación del Señor de caminar con el Espíritu, unos con otros y, en última instancia, con la creación mientras co-creamos el futuro, es decir, el sueño de Dios para el mundo.